

Esquirol llamaba á la idea fija una catalepsia de la inteligencia. Se podría comparar también á un fenómeno de orden motor: la contractura. Esta es una contracción prolongada de los músculos; depende de un exceso de irritabilidad de los centros nerviosos; la voluntad es impotente para destruirla. La idea fija tiene una causa análoga: consiste en una tensión excesiva, y la voluntad no tiene poder sobre ella.

II

Podría llamarse la idea fija, la forma crónica de la hipertrofia de la atención: el éxtasis es en ella la forma aguda. No tenemos que estudiar por entero este estado extraordinario del espíritu. Lo hemos tomado por lo demás (1) por su lado negativo,

(1) *Las enfermedades de la voluntad*, cap. V. Madrid, Jorro.

el aniquilamiento de la voluntad; lo tomaremos hoy por su lado positivo: la exaltación de la inteligencia.

Relacionar la atención y el éxtasis, no es nuevo; la analogía de los dos estados es tan grande, que muchos autores se han valido de la atención para definir el éxtasis. "Es, dice Bérard, una exaltación viva de ciertas ideas que absorben de tal modo la atención, que las sensaciones están suspensas, los movimientos voluntarios detenidos, la acción vital misma, con frecuencia retrasada..," Para Michéa, es "una contemplación profunda, con abolición de la sensibilidad y suspensión de la facultad locomotora..," A. Maury se expresa aún más explícitamente. "Una simple diferencia de grado separa el éxtasis de la acción de fijar con fuerza una idea en la inteligencia. La contemplación implica todavía el ejercicio de la voluntad y el poder de hacer cesar la tensión extrema del espíritu. En el éxtasis, que es la contemplación llevada á su más alto poder, la voluntad, susceptible

en rigor para provocar el acceso, es impropia para suspenderle,, (1).

Como para la idea fija, se pueden notar grados intermedios entre el estado normal y el éxtasis. Los hombres dotados de una atención potente, pueden aislarse espontáneamente del mundo exterior. Inaccesibles á las sensaciones y hasta al dolor, viven temporalmente en ese estado especial llamado la *contemplación*. La historia tan citada de Arquímedes, durante la toma de Siracusa, real ó falsa de hecho, es cierta psicológicamente. Los biógrafos de Newton, Pascal, W. Scott, Gauss y bastantes otros, han presentado bastantes ejemplos de este arrobamiento intelectual.

“Antes de la invención del cloroformo, los pacientes soportaban algunas veces grandes operaciones sin dar señal de dolor, y después declaraban que no habían sentido nada habiendo concentrado su pen-

(1) Maury, *le Sommeil et les Rêves*, pág. 235.

samiento por un poderoso esfuerzo de atención en algún asunto que les cautivaba completamente.

„Muchos mártires han sufrido la tortura con una serenidad perfecta, que no tenían, según propia confesión, ninguna dificultad en mantener. Su atención estática (*entranced*), estaba de tal modo llena por las visiones beatíficas, que se presentaban á sus miradas alegres, que las torturas corporales no les causaban dolor alguno,, (1).

El fanatismo político ha producido más de una vez los mismos efectos; pero por todas partes y siempre es una gran pasión la que sirve de punto de apoyo, lo cual prueba una vez más que las formas vivas y estables de la atención dependen de la vida afectiva, y sólo de ella.

Dejemos los grados intermedios para llegar al éxtasis franco, y abandonemos todas las demás manifestaciones físicas y

(1) Carpenter, *Mental Physiology*, cap. III.

psíquicas que acompañan este estado extraordinario para no considerar más que un solo hecho: la extrema actividad intelectual, con concentración sobre una única idea. Este es un estado de ideación intensa y circunscrito; la vida entera está llevada al cerebro, que piensa donde una representación única lo absorbe todo. Sin embargo, el éxtasis, aunque eleva en cada individuo la inteligencia al más alto poder, no puede transformarla. No puede obrar sobre un espíritu limitado é ignorante como en uno muy cultivado y de altos vuelos. Podemos, pues, en vista de nuestro asunto, distinguir dos categorías de místicos. En unos, el acontecimiento interior consiste en la aparición de una *imagen-maestra* alrededor de la cual todo gira (la Pasión, la Natividad, la Virgen, etcétera), y que se traduce por una sucesión regular de movimientos y discursos: tales como María de Mærl, Luisa Lateau, la estática de Voray. En otros, los grandes místicos, el espíritu, después de haber atrave-

sado la región de las imágenes, alcanzan la de las *ideas* puras, y allí se fijan. Trataré de demostrar después que esta forma superior del éxtasis realiza á veces el monoidesmo completo, absoluto; es decir, la perfecta unidad de la conciencia, que no consiste más que en un solo estado, sin cambio.

Para dirigir esta marcha ascendente del espíritu hacia la unidad absoluta de la conciencia de que la atención misma, la más concentrada, no es sino un pálido bosquejo, no tenemos necesidad de recurrir á hipótesis probables ni de proceder teóricamente, y *á priori*. Encuentro en *El castillo interior* de Santa Teresa la descripción, parte por parte, de esta concentración progresiva de la conciencia que, partiendo del estado ordinario de difusión, reviste la forma de la atención, la pasa, y poco á poco, en algunos casos, llega á la perfecta unidad de la intuición. En verdad que este documento es único; pero una buena observación vale más que ciento media-

nas (1). Puede, por lo demás, inspirarnos plena confianza. Es una confesión hecha por mandato del poder espiritual, es la obra de un espíritu muy delicado, muy hábil en observar, y que sabe manejar su lengua para expresar los más finos matices.

Ruego al lector que no se deje desviar por la fraseología mística de esta observación, que no olvide que es una española del siglo XVI la que se analiza, en el lenguaje y con las ideas de su tiempo; puede traducírsela en el lenguaje de la psicología contemporánea. Voy á ensayar esta traducción, limitándome á demostrar esa concentración, siempre creciente, ese recogimiento incesante del campo de la conciencia, descrito según una experiencia personal.

Hay, dice ella, un castillo hecho de un solo diamante, de una belleza y de una pureza incomparables; entrar allí, habitarle,

(1) Es probable que se encontraran otras, hojeando la literatura mística de los diversos países. Los pasajes citados están sacados de *El castillo interior*, y un pequeño número de la *Autobiografía*

es el fin del místico. Este castillo es interior en nuestra alma; no hay que salir de nosotros para penetrarle, mas el camino es largo y difícil. Para alcanzarle, hay que recorrer siete moradas; se franquea por siete grados de "oración.". En el estadio preparatorio se está aún sumergido en la multiplicidad de las impresiones y de las imágenes, en "la vida del mundo.". Traduzcamos: la conciencia sigue su curso ordinario, normal.

La primera morada es alcanzada por la "oración vocal.". Interpreto yo; la oración en voz alta, la palabra articulada, produce un primer grado de concentración, hace volver á una vía única la conciencia dispersada.

La segunda morada es la de la "oración mental.", es decir, que la interioridad del pensamiento aumenta; el lenguaje interior sustituye al lenguaje exterior. El trabajo de concentración se hace más fácil; la conciencia no tiene ya necesidad del apoyo material de las palabras articuladas ú oídas

para no desviarse; le bastan imágenes vagas de signos que se desenvuelven en serie.

La "oración de recogimiento," marca el tercer grado. Aquí, lo confieso, me hace vacilar la interpretación. No puedo ver en ella apenas más que una forma superior del segundo momento, separada por su matiz sutil, apreciable sólo por la conciencia del místico.

Hasta aquí ha habido actividad, movimiento, esfuerzo; todas nuestras facultades están todavía en juego. Ahora es preciso "no ya pensar mucho, sino amar mucho." En otros términos, la conciencia va á pasar de la forma discursiva a la forma intuitiva; de la pluralidad á la unidad; tiende á ser, no ya una radiación alrededor de un punto fijo, sino sólo un estado de intensidad enorme. Y este paso no es el efecto de una voluntad caprichosa, arbitraria, ni del solo movimiento del pensamiento entregado á sí mismo; es preciso el adiestramiento de un poderoso amor, el "golpe de la gracia,"

es decir, la conspiración inconsciente de todo el ser.

La "oración de quietud," introduce en la cuarta mansión, y entonces "el alma no produce ya, sino que recibe," es un estado de alta contemplación que no han conocido únicamente los místicos religiosos. Es la verdad apareciendo bruscamente de una pieza, imponiéndose como tal, sin los procedimientos lentos y largos de una demostración lógica.

La quinta mansión ú "oración de unión," es el comienzo del éxtasis; pero es inestable. Es la "entrevista con el divino esposo," pero sin posesión duradera. "Las flores no han hecho más que entreabrir sus cálices, no han esparcido sino sus primeros perfumes." La fijeza de la conciencia no es completa, tiene oscilaciones y huídas; no puede todavía mantenerse en este estado extraordinario y antinatural.

Por último, alcanza el éxtasis en la sexta mansión por la "oración de arrobamiento." "El cuerpo se pone frío, se suspenden

el habla y la respiración; los ojos se cierran, el más ligero movimiento causaría los mayores esfuerzos. Los sentidos y las facultades quedan fuera... Aunque de ordinario no se pierde el sentimiento (la conciencia), *me ha ocurrido estar enteramente privada*; esto ha sucedido rara vez y por poco tiempo. Lo más á menudo se conserva el sentimiento, pero se experimenta no sé qué perturbación; y aunque no se pueda accionar en el exterior, no se deja más que de oír. Es como un sonido confuso que vendría de lejos. Sin embargo, *aun este modo de oír cesa cuando el éxtasis está en su más alto grado*.

¿Qué es, pues, la séptima y última mansión que se alcanza por el "vuelo del espíritu?" ¿Qué hay más allá del éxtasis? La unificación con Dios. Se hace "de una manera repentina y violenta, con tal fuerza, que en vano se intentaría resistir á ese impulso impetuoso.", Entonces Dios desciende á la sustancia del alma, que no forma más que un todo con-él.—No es á mi parecer una

vana distinción la de estos dos grados de éxtasis. En su más alto grado, la abolición misma de la conciencia es alcanzada por su exceso de unidad. Esta interpretación parece legítima si nos atenemos á los dos pasajes que he subrayado anteriormente: "Me ha ocurrido estar completamente privada del sentimiento.", "Este modo de oír, cesa cuando el éxtasis está en su más alto grado.", Se podrían citar otros tomados del mismo autor. Es curioso que, en uno de estos grandes éxtasis, la Divinidad, se le aparece sin forma, como una abstracción perfectamente vacía. He aquí por lo menos cómo se expresa: "Diré, pues, que la Divinidad es como un diamante de una transparencia soberanamente limpia y mucho mayor que el mundo," (1). Me es imposible ver aquí otra cosa que una simple comparación y una metáfora literaria. Es la expresión de la perfecta unidad en la intuición.

Este documento psicológico nos ha per-

(1) *Autobiografía*, p. 526.

mitido seguir á la conciencia poco á poco hasta su último grado de concentración, hasta el monoideismo *absoluto*; nos permite además responder á una cuestión provocada á menudo, y que no se ha resuelto más que teóricamente. ¿Puede subsistir un estado de conciencia uniforme? Parece que el testimonio de algunos místicos permite una respuesta afirmativa. Ciertamente, es una verdad positiva y fútil que la conciencia no vive sino por el cambio. Por lo menos, está reconocida desde Hobbes; "Idem sentire semper et non sentire, ad idem recidunt,"; pero esta ley está infringida en algunos individuos excepcionales, en casos muy raros, y durante muy poco tiempo.

En el éxtasis ordinario, la conciencia alcanza su máximum de recogimiento y de intensidad, pero conserva todavía la forma discursiva: no difiere de una atención muy fuerte más que en el grado. Únicamente los grandes místicos, con un impulso más vigoroso, han llegado al monoideísmo ab-

soluto. Todos en todos los países, en todos los tiempos, sin conocerse, han considerado la unidad perfecta de la conciencia, el *Ενωσις* como la consumación suprema del éxtasis, rara vez alcanzado. Plotino no había obtenido este favor más que cuatro veces en su vida, según Porfirio, que no lo obtuvo más que una vez, á la edad de sesenta y seis años (1). En este punto extremo, la conciencia no puede durar mucho tiempo: cosa que ellos declaran. Pero esta inestabilidad, que razonan á su manera, por ser indignos de una felicidad semejante, por la imposibilidad para un sér finito de hacerse infinito, se explica en realidad por causas psicológicas y fisiológicas. La conciencia está fuera de sus condiciones necesarias de existencia, y los elementos nerviosos, que son los sostenes y los agentes de esta prodigiosa actividad, no pueden bastar para ello por mucho tiempo. Entonces se vuelve á caer á tie-

(1) Porphyre, *Vie de Plotin*, cap. XXII.